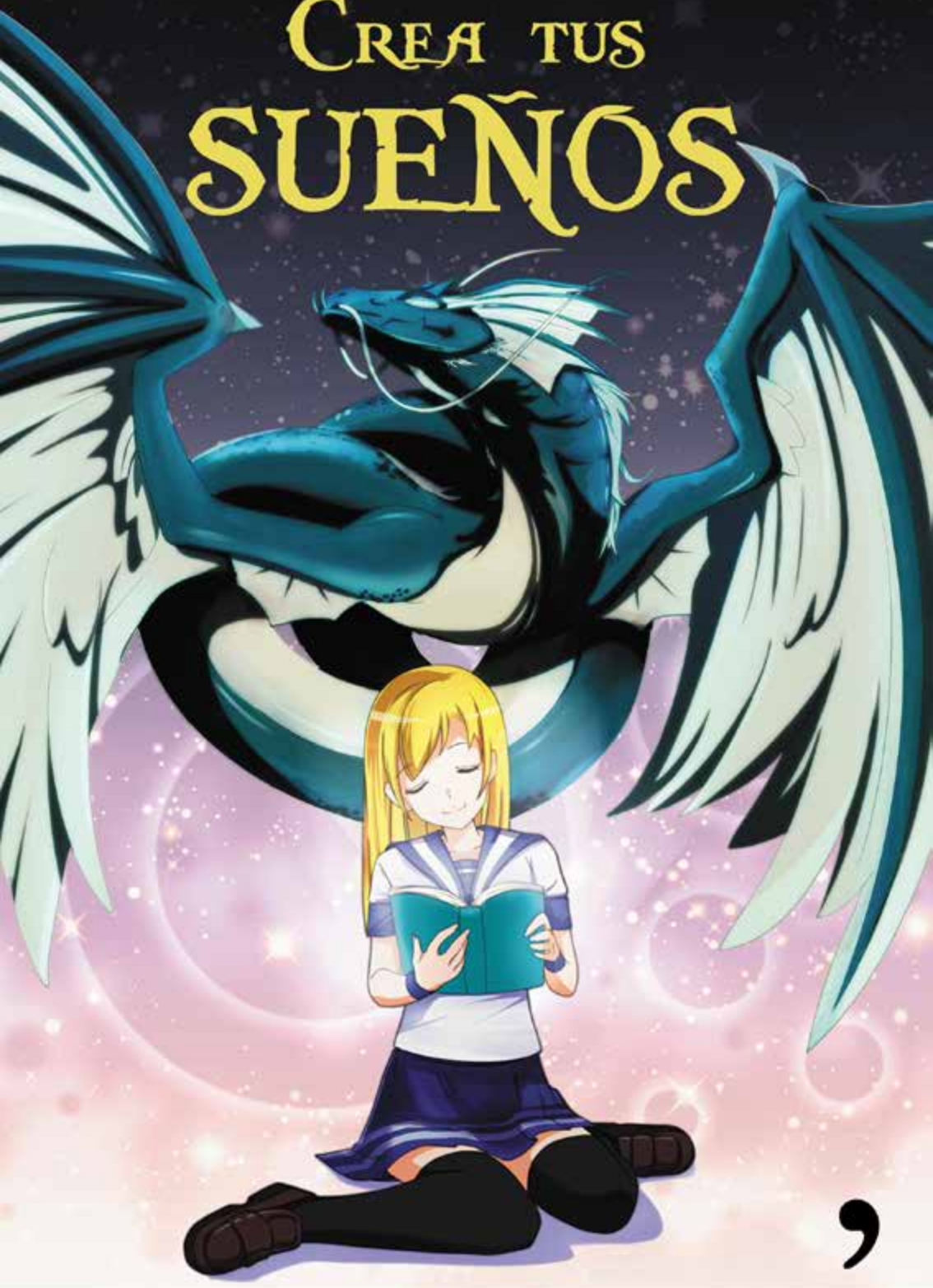


LunaDangelis

CREA TUS SUEÑOS





Crea tus sueños

LUNA DANGELIS

,

8 El día que empezó todo

24 Donde se escriben los sueños

40 Un mundo a punto de desaparecer

55 ¿Una humana para combatir al Reino de las Sombras?

78 Las pruebas de los Guardianes del Dragón

98 Salvar a Itaken

119 Vida o muerte

136 ¡Secuestrada!

156 Sola en la Isla del Rey

176 El comienzo del caos

199 Adiós... ¿para siempre?

El día
que
empezó
todo





Imaginen una chica alegre, inocente, bastante torpe, cabezota y un poco infantil... ¿La tienen? Bien, pues esa soy yo. Soy de altura media, delgada, tengo el pelo rubio y muy liso, y los ojos verdes. La verdad es que no soy nada del otro mundo, pero lo que más me define es mi habilidad para ir soñando despierta por todas partes: en casa, por la calle, en el parque, en el instituto... Sí, sí, instituto; tengo 17 años, ¿qué esperabas? En esta historia también se estudia. Aunque mis notas no son excelentes, con esfuerzo consigo aprobar todo. Soy un poco solitaria... Bueno, en realidad, me gustaría hacer más amigos, pero soy muy tímida y me cuesta acercarme a otras personas. Nunca sé qué decir ni cómo reaccionar, y más aún si las chicas ricas del instituto te hacen la cruz por ser diferente, en mi caso porque adoro el anime y los videojuegos.

Por suerte tengo a Miaka. Miaka es mi mejor amiga de la infancia, va a la misma clase que yo. Nos conocemos desde muy pequeñas; éramos vecinas y nuestros padres se llevaban muy bien. Miaka es muy diferente a mí. Es alta, guapa, tiene el pelo corto y castaño claro, casi a juego con los ojos. También es muy inteligente. Sería aún más guapa si se arreglara un poco y se vistiera de una forma menos masculina. Cuando no llevamos el uniforme del instituto, Miaka lleva camisas holgadas de cuadros, vaqueros y camisetas de tirantes. No parece preocuparle su aspecto. Yo creo que, si cuidara más su apariencia y no tuviera un carácter tan fuerte, sería muy popular con los chicos, pero yo la prefiero tal y como es. Es un poco bruta, en ocasiones se mete en líos y, aunque tiene muy buen corazón, a veces se ríen de ella. Algunos compañeros pueden ser muy duros, la verdad.





Miaka y yo nos llevamos muy bien a pesar de tener personalidades y gustos tan distintos. Ella me defiende cuando se meten conmigo, y yo..., bueno, yo la tranquilizo cuando se altera demasiado. La verdad es que me alegra mucho que vayamos juntas a la misma clase, porque no quiero ni imaginarme cómo habrían sido mis días de instituto sin ella. Seguramente habría estado sola, aunque tampoco puedo decir que esto me moleste demasiado, ya que tengo mi propio mundo, un mundo imaginario con el que sueño incluso despierta. Me gusta llevar mi mente ahí, a mi mundo particular, para evadirme de la aburrida y dura vida cotidiana. Sé que esto son solo fantasías mías, pero cada día despierto con la esperanza de que pase algo..., no sé..., ¿diferente?, ¿inexplicable?, ¿sorprendente? Algo, cualquier cosa que me lleve a pensar que todo es posible.

A veces tengo la sensación de que no pertenezco a este mundo y que existe algo más que no podemos ver. Mi cabeza está llena de las fantasías típicas de una niña pequeña, y aunque he crecido y sé que son solo eso, fantasías, hay algo en mí que no quiere dejar que eso cambie. Y, sinceramente, yo tampoco quiero; me gusta ser así.

Ahora mismo estoy en clase de matemáticas, me aburren, no debe de quedar mucho para que suene la campana, tengo la mirada perdida mientras estoy sentada con mi uniforme: falda corta y lisa con rayitas en la parte inferior, medias, blusa marinera con lazo de manga corta, porque es primavera y aún refresca un poco. Miaka siempre se las apaña para parecer desarreglada incluso con el uniforme. Se sube los calcetines del todo, se estira la falda, se saca la camisa por fuera... Sé que estoy, como siempre, perdida en mis pensamientos; por eso un extraño sonido cerca de mi oído me sobresalta. ¿Un perro?



—Luna, ¿me oyes?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ya estabas soñando despierta otra vez, ¿verdad? No tienes remedio.

—¿Qué era ese ruido? ¿Lo has oído?

—¿Cuál? ¿Este? —Miaka comienza a ladrar con un gesto muy divertido y yo asiento con la cabeza—. Como no me escuchabas he tenido que empezar a ladrar para llamar tu atención.

—Lo siento, no me doy cuenta cuando empiezo a soñar.

—No hace falta que te disculpes. No soy tu profesora, no te voy a regañar. Y, además, ya estoy acostumbrada a tus idas locas, jajaja.

Miro en todas las direcciones y me doy cuenta de que estamos solas en mitad del aula.

—¿Dónde están todos?

—Llevas un buen rato en las nubes. Ya acabaron las clases y se fueron a sus casas. Yo me he quedado a esperarte porque, conociéndote, serías capaz de permanecer soñando aquí sentada hasta la noche. Luego te darías cuenta, empezarías a llorar y me llamarías para que te viniera a buscar.

Me avergüenza lo bien que me conoce. Trato inútilmente de negarlo.

—No es verdad...

Miaka estalla en una carcajada divertida.

—Jajaja... ¡Venga, Luna...! Nos conocemos desde hace años, no tiene que darte vergüenza admitirlo ahora.





—Bueno, pues ya estoy despierta —le aseguro, un poco molesta—, ¿nos vamos? Me gustaría pasar por...

Me interrumpe, hablando a toda velocidad, mientras nos dirigimos a la salida del instituto.

—Yo tengo que ir con mi madre al médico, así que hoy no podemos volver juntas, pero mañana nos vemos, ¿vale? ¡Hasta mañana! —Y me dirige una sonrisa pícara antes de salir medio corriendo por el pasillo—. ¡Y no te pierdas!

Me saca la lengua y me guiña un ojo, antes de que pueda reaccionar. Me quedo plantada en mitad del pasillo, pero no puedo por menos que sonreír yo también. Adoro estos detalles cómplices, aunque puedan parecer tonterías. Pero, ahora que lo pienso, eso de «No te pierdas» sobraba. Hago una mueca enfurruñada. ¿Qué se cree? Yo no me pierdo con tanta facilidad. O al menos no tanto desde que tengo GPS en mi móvil.

La madre de Miaka hace años que está enferma. Se vieron obligados a trasladarse a las afueras de la ciudad para que ella tuviera más tranquilidad, y debido a eso ya no somos vecinas, pero nos seguimos viendo cada día y hacemos muchas cosas juntas. «Ojalá su madre se pueda recuperar pronto», pienso. Y enseguida meneo la cabeza. No me gusta reflexionar sobre cosas tristes. Si eres positiva, te pasarán cosas positivas, ¿no? ¿Y qué hay mejor que uno de los pastelitos de chocolate de mi pastelería favorita? Sonrío. Ya que hoy no vuelvo con Miaka, voy a tomar otro camino para regresar a casa y así me detendré a comprar mi capricho.

Sin darme cuenta, paso por el parque donde me encontré por primera vez con Miaka. Sí, vale, ya sé que estoy contando mucho sobre ella, pero, ¿qué quieren...? Me da vergüenza hablar sobre mí misma, y Miaka ha sido mi única amiga



desde siempre. Además, nos conocimos de forma un tanto peculiar. Justo en este parque, hace muchos años, estaba yo jugando sola al escondite... Sí, sí, sola..., aunque ahora tengo la sensación de que había alguien más ahí, jugando conmigo —esa es una impresión que me acompaña con frecuencia—, pero lo cierto es que estaba jugando sola. A veces creo que alguien modificó mis recuerdos o perdí una parte de ellos, porque tengo lagunas. O quizá es la edad, estoy haciéndome vieja y mi memoria se parece a la de Dori en *Buscando a Nemo*.

Perdonen, estaba hablando sobre cómo conocí a Miaka... Pues estaba jugando al escondite sola, cuando vinieron unos chicos a reírse de mí, a decirme que era muy rara, que nadie me quería y que por eso jugaba sola. Fue bastante cruel. Yo empecé a llorar, hasta que escuché una voz que decía: «Aún no me has encontrado». Extrañada, me puse a buscar y, cuando encontré a Miaka escondida tras unos arbustos, salió y amenazó a los niños:

—¡La próxima vez que la molesten, les voy a meter arena en esos pantalones!

Lo sé..., no se trataba de una amenaza muy dura, pero éramos pequeños, y lo que menos nos gustaba era que se nos metiera arena entre la ropa, así que fue suficiente para que dejaran de fastidiarme. Después de eso estuvimos jugando ella y yo toda la tarde hasta la hora de regresar a casa. Volvimos juntas, porque, como dije antes, vivíamos al lado, a pesar de que nunca nos habíamos dado cuenta. Bueno, al menos yo.

¡Qué recuerdos tan felices! Y ahora voy a añadir un nuevo recuerdo feliz, porque acabo de llegar a la pastelería...





—Hola, buenas tardes, señora.

—Hola, Luna, buenas tardes, ¿vienes a por tu pastelito de chocolate?

Asiento con la cabeza para afirmar. Tampoco es que venga todos los días a comprar el mismo pastelito una y otra vez, pero es que está riquísimo y no lo puedo evitar, aunque luego me salgan granitos. Pero como esta historia la estoy contando yo, no se preocupen, porque no habrá ningún granito. ¡Faltaría más!

—Ven, toma, aquí lo tienes...

—¡Muchas gracias! —tomo el pastelito muy feliz, le pago y salgo de la tienda, para continuar mi camino de vuelta a casa.

La dueña siempre me trata con mucho cariño, como si me conociera de toda la vida. Y es que en cierto modo es así; a esta misma pastelería venimos siempre en mi familia a comprar las tartas de cumpleaños, desde que yo era muy pequeña. La señora ya era mayor entonces, y el lugar siempre me ha parecido mágico. Es todo de madera, con una decoración antigua y elegante, y un olor tan rico que no puedes dejar de salivar. Ese aroma me sigue devolviendo a mi infancia. Una vez, la señora, superamable, me regaló un bollito porque me puse a llorar en la tienda, sin consuelo. Se me había explotado mi globo. Debía de ser muy pequeña, porque lo recuerdo como un momento traumático, y su bondad y generosidad me conmovieron. ¡Qué cosas! Aunque ahora me río de aquel suceso, no he olvidado lo desgraciada que me sentí. Con frecuencia, lo que era importante para nosotros de pequeños pierde relevancia al crecer. Por





eso yo sé que es bueno conservar siempre una parte de tu niñez; creo que así aprendes a valorar más las cosas y la vida.

Hago una pausa en mis reflexiones para saborear bien mi pastelito. Es de chocolate, pero no tiene mucho, es más parecido a un bizcocho muy esponjoso, con nueces y pasas, que me encantan. Ya les dije que tenía gustos raros. Y no solo por el anime y los videojuegos... Que no les digan lo contrario; ser raro y diferente gusta más.

Caminando, caminando, sin darme cuenta he llegado al Parque de la Calma. Se llama así porque hay mucha tranquilidad y te relaja. Me encanta, especialmente cuando llueve, cosa que aquí sucede bastante a menudo. Está lleno de árboles, flores, bancos para sentarse, una fuente y algún vendedor de helados que, aunque aún sea primavera, ha decidido empezar ya la temporada. Yo prefiero esperar a que haga más calor para comer helado; sigo contenta con mi pastelito, que... ¡Oh, vaya...! Ya no queda, fue bonito mientras duró esta trágica historia de amor tan corta como un suspiro... Nos volveremos a ver en unos meses, pastelito mío. La vida sigue, y yo debo llegar a casa porque, si se me hace tarde, me esperará un buen reto, y no creo que les guste ver a su protagonista castigada, pues, en ese caso, esta historia no tendría sentido. Bueno, lo tendría, pero les tocaría leer algunos capítulos aburridos mientras pasaba mi castigo. Así que acelero el paso y disfruto del parque a la vez. Pese a los consejos de mi madre, me encanta meterme por las partes más frondosas, donde los almendros desaparecen y los sauces forman pasillos verdosos, de tal modo que podrías creer que estás atravesando la jungla.

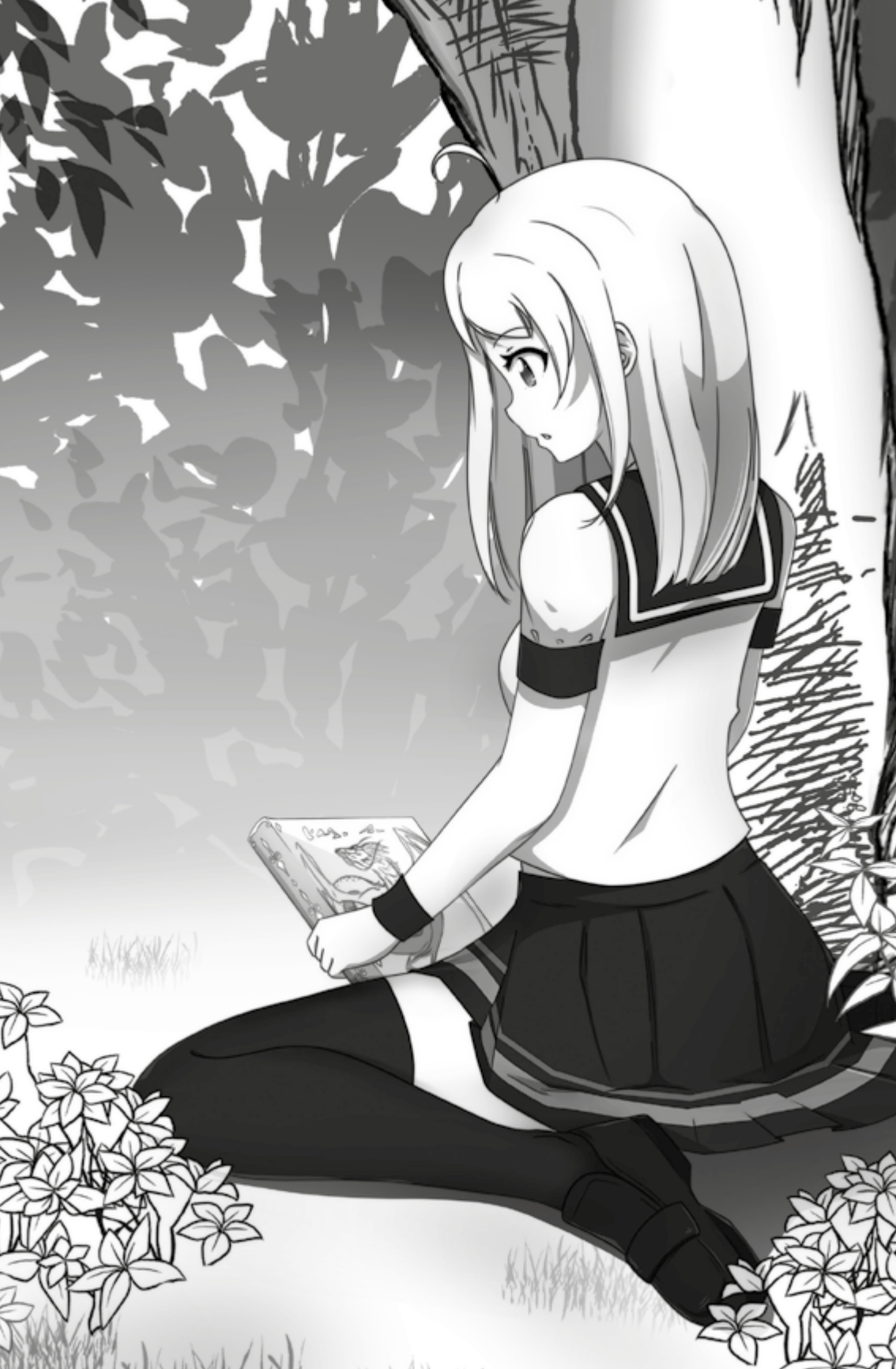


¡Espera! ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Suena como un león? ¿Un oso? ¿Estaré llevando demasiado lejos mi fantasía? No distingo ese sonido. Es algo que nunca había escuchado antes. Solo espero que no sea Miaka, que no me haya seguido para tomarme luego el pelo, ¿verdad? Como sea ella, le devolveré la bromita.

El ruido viene de detrás del árbol que está a mi izquierda. Me voy a acercar despacito, porque no me fío. ¿Y si no es Miaka? Parece que ha parado, me aproximo más rápido y..., y..., y... ¡¡¡Chan, chan, chaaaan!!! Vale, me dejo de misterios, estoy mirando detrás del árbol y no hay nad... ¡Espera, sí, hay una especie de libro en el suelo! Decido tomarlo, quizá alguien lo ha perdido. ¡Vaya!, la portada es preciosa, con un dragón celeste. Tiene la tapa dura, con incrustaciones, y sus páginas están en blanco, como las de un álbum. En su contraportada hay una única frase: «Crea tus sueños». Por alguna razón no puedo dejar de mirarlo. Qué extraño..., empiezo a notar una fuerte sensación de melancolía. Suelto el libro de golpe; no sé qué me ha pasado. ¿Por qué siento las lágrimas caer por mis mejillas? Esto es muy extraño. Me restriego los ojos. A lo mejor he tocado alguna planta rara o quizá solo estoy demasiado cansada y vuelvo a imaginar cosas.

Mejor voy a llevar el libro a la oficina de objetos perdidos. Sé que hay una por aquí, cerca de casa. El señor que trabaja ahí es un poco serio, pero muy buena persona. Una vez perdí mi cartera y él me ayudó a encontrarla. Pienso que personas así hacen más falta en este mundo. Igual que la pastelera, siempre dispuesta a colaborar y a sacarte una sonrisa con su amabilidad. Pruébenlo un día: sean amables





con algún conocido o desconocido y verán su rostro de felicidad, a no ser que se trate de alguien a quien le caigan mal; si es así..., bueno, si es así, seguro que se sorprende aún más.

Acabo de llegar a la oficina de objetos perdidos, y ahí esta Yuki. Yuki es una gatita que siempre para por aquí. Alguien la dejó en la puerta un día y, al ver que nadie venía a preguntar por ella, se la quedaron. Todos en el barrio la queremos mucho. Es de color negro y tiene un pelo muy suave. Ah..., me pasaría el día acariciándola. ¿Les he contado ya que amo a los gatitos? Y bueno, ahora que me doy cuenta, no veo a nadie en la oficina. ¡Qué raro! Quién sería capaz de dejar a Yuki sola, pobrecita, con lo miedosa que es... Llamo al encargado, pero nadie contesta, y yo no debería esperar mucho para marcharme: el sol se está yendo y, aunque mi casa está cerca de la oficina, no puedo quedarme a esperar, pero tampoco quiero dejar sola a Yuki. ¿Qué hago? Supongo que es preferible un castigo a dejar sola a una gatita y que se escape, pero espera... Creo que hay alguien, oigo pasos... Menos mal, le daré el libro y podré irme.

Por fin el señor sale. ¿Señor? Pues no: acaba de aparecer un joven, ¿quién será? Es extraño, nunca ha habido otra persona en esta oficina que no fuera el encargado de siempre, un señor mayor, y este chico no parece de por aquí, no me había fijado en él nunca y les aseguro que, si le hubiera visto, no se me habría olvidado. Es más alto que yo. De hecho, es mucho más alto; me saca una cabeza. Tiene el pelo rojo larguísimo, recogido en una coleta informal que le cae sobre el hombro, y unos ojos de color castaño muy claro, casi transparentes. Viste un uniforme de trabajo de color





gris y por encima un guardapolvo oscuro que le da un aire inquietante, un poco como si escondiera algo. Bueno, en realidad sí creo que esconde algo. Lo lleva bajo el guardapolvo, como si se tratara de una mochila. Llama demasiado la atención, tanto que no puedo dejar de mirarle. «Luna, no le mires fijamente», me digo a mí misma; «pensará que estás mirando ese bulto indefinido y podría incomodarle». Aunque debo admitir que aparte de eso es muy atractivo, incluso demasiado. Si esto fuera un anime quizá estaría teniendo un derrame nasal, pero me daría muchísima vergüenza, así que aquí no pasa nada. Solo he venido a entregar el libro, ¿no? Pues voy a preguntarle:

—Perdone, ¿dónde está el señor que está aquí siempre? Vengo a entregar un objeto perdido.

—Buenas tardes, guapa, el señor ha tenido que salir un momento por un asunto familiar y me ha pedido que vigile la oficina mientras él no está. Todavía tardará un ratito en volver. Si lo desea, puede dejarme el libro a mí y yo se lo entregaré —me ofrece.

Parpadeo dos o tres veces para salir de mi estado de hipnosis. «¿Guapa?... Vale, Luna, respira», me digo a mí misma. O tengo mucha cera en los oídos o este chico necesita gafas... ¿Guapa? ¿Yo? Las únicas personas que me llaman así son mis padres y mi abuela, lo típico: para ellos sus hijos y nietos son los más guapos del mundo, no son muy objetivos; pero que me lo diga un desconocido joven y atractivo me pone nerviosa, muy, muy nerviosa. Y ahí está, mirando, esperando a que le conteste y aguantándose la risa, porque seguro que estoy roja como un tomate bien maduro, de esos que son perfectos para ensalada. ¡Ay, no! ¿Qué estoy diciendo? Ya estoy desvariando de nuevo... Tranquila, segu-



ro que solo lo ha dicho por amabilidad; no hay ninguna otra razón posible.

—Lo siento —balbuceo. Y me repongo—. Entonces se lo encargo a usted. Por favor, dele este libro en cuanto regrese.

Le entrego el libro y permanece mirándolo un rato, luego dirige sus ojos hacia mí fijamente. Como no aparte la mirada, voy a acabar transformándome de verdad en un tomate. ¡Y no quiero! De repente, sonrío.

—Claro —afirma con aire misterioso—, déjemelo a mí. Yo me encargaré de que este precioso libro vuelva a su dueño. Gracias por traerlo.

—Muchas gracias a usted por su amabilidad, que tenga un buen día.

—Nos vemos pronto, preciosa.

¡Y ahora «preciosa»! No logro girarme. Intento ir hasta la puerta caminando normalmente, pero creo que aún me está observando. Vale, se me acaba de olvidar cómo caminar bien, me da la sensación de estar andando como un pato mareado. ¡Qué vergüenza! ¿Siempre ha estado tan lejos la puerta? Se me está haciendo una eternidad llegar hasta ella. ¡Por fin! ¡La puerta! La abro y salgo como si fuera lo último que quisiera hacer en esta vida. Sí, sí, salir por una puerta.

Todavía siento el calor en mis mejillas y mi corazón va al ritmo del *KPOP*. Me ha parecido que la segunda vez me ha llamado así a propósito, para ponerme nerviosa. Esa sonrisa del final era de diversión... Bueno, ya empiezo a desvariar. De repente soy experta en diferenciar sonrisas. Soy la detective Conan de las sonrisas. Uf... Definitivamente, debería dejar de soñar despierta y centrarme en llegar a casa.

